



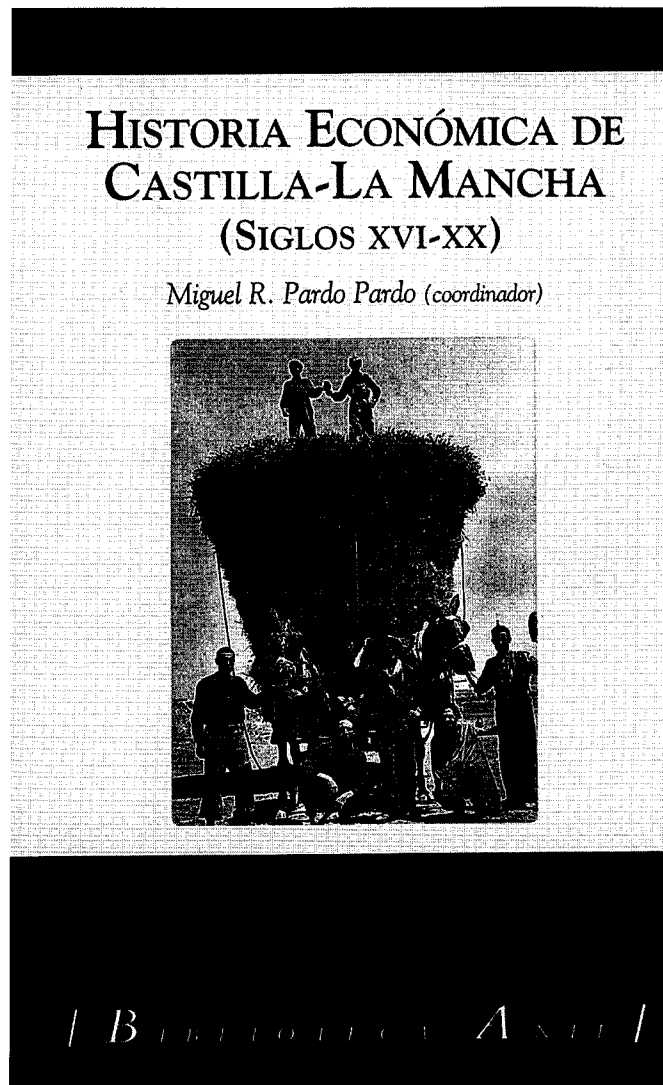
HISTORIA

Historia económica de Castilla-La Mancha: Acortando distancias

Miguel Pardo Pardo

La historia económica de Castilla-La Mancha durante el Antiguo Régimen se divide en dos grandes etapas: los siglos XVI y XVII de los Austrias y el siglo XVIII del Reformismo Borbónico. En la primera cabe diferenciar varios períodos. Hasta mediados del siglo XVI, sobre todo en las dos décadas iniciales, la economía atraviesa por una fase expansiva derivada de la intensificación del proceso de repoblación demográfica. Aumenta la cabaña ganadera, se roturan nuevas tierras y se expanden, moderadamente, las actividades manufactureras al cobijo del desarrollo gremial. A partir de 1540 se entra en un período depresivo que se prolonga durante más de una centuria. Las malas cosechas y el movimiento ascendente de los precios por la masiva llegada de metales preciosos procedentes de América están, al igual que en el resto de territorios de la Corona de Castilla, en la base de la recesión. Sin embargo, el declive de la minería desde 1550 y, sobre todo, el traslado de la Corte de Toledo a Madrid en 1561 harán que la crisis sea más aguda que en el resto de Castilla. Dicho traslado

supuso el inicio de la decadencia de los gremios en la Región y, junto con el alza de los precios de la lana, el comienzo del hundimiento de las actividades manufactureras, en particular las de carácter suntuario como el textil sedero. La población se redujo a la mitad entre 1550 y 1650 (pérdida de 500.000 habitantes). La emigración a Madrid, nueva sede de la Corte, y las altas tasas de mortalidad derivadas de epidemias y hambrunas ocasionadas por falta de higiene y malas cosechas son las causas del fuerte retroceso demográfico. La crisis se extendió por todos los territorios de la Región pero, sin duda, Toledo fue la más afectada con diferencia. Aunque en las últimas décadas del siglo XVII tiene lugar una ligera recuperación económica y demográfica, Castilla-La Mancha presenta a finales del mismo una economía básicamente ganadera, con una agricultura de subsistencia dominada abrumadoramente por el monocultivo del cereal, con un sector industrial poco relevante para la época y con una actividad comercial ínfima centrada en los mercados locales. Se trata de una región sin gran-



RESUMEN:

Coordinado por Miguel Ramón Pardo Pardo (y en el que han intervenido también Angela Triguero Cano Elisa Amo e Isabel Pardo García) este libro hace el número 11 de la Biblioteca Añil y ha sido presentado en Albacete y Ciudad Real en la pasada primavera.

En ese texto Miguel Pardo, decano de la Facultad de Económicas y Empresariales de la UCLM de Albacete, sintetiza la evolución económica de la Región desde el siglo XVI hasta el presente, en su proceso de "acortar distancias" desde las enormes deficiencias de los momentos más remotos, hasta los importantes esfuerzos -no concluidos- de superación que se materializan, sobre todo, a partir de los años 80 del pasado siglo XX.

Centro de Estudios
de Castilla-La Mancha



Ruiz de Luna: Taller de alfarería, Talavera hacia 1910.

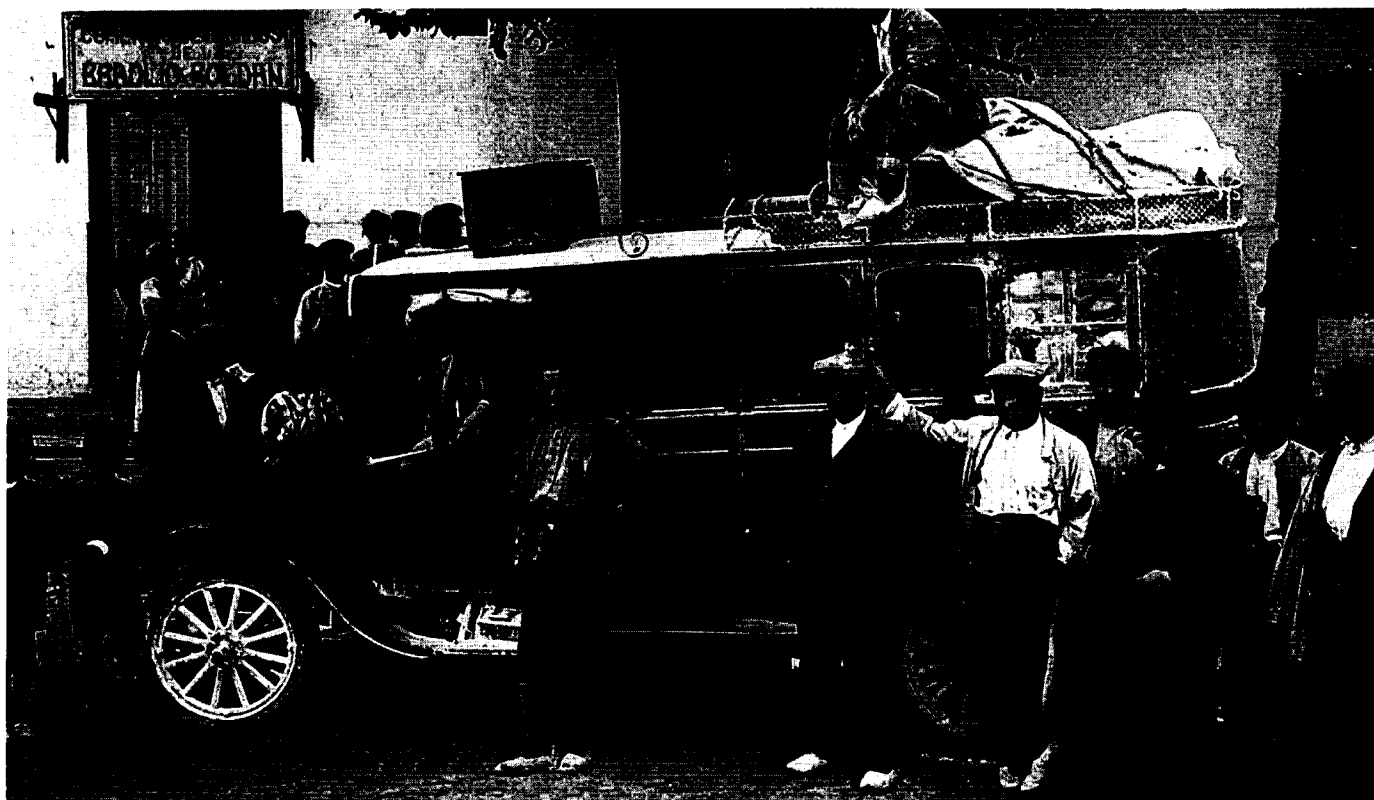
des núcleos urbanos en los que sustentar un crecimiento de las actividades no agrarias. Toledo capital es una sombra de la ciudad que fue a mediados del siglo XVI.

Con la implantación de la dinastía de los Borbones y tras superar las secuelas derivadas de la Guerra de Sucesión, la economía castellano-manchega inicia una fase expansiva hacia 1710 —se prolonga hasta aproximadamente 1770— que se traduce en un notorio crecimiento demográfico, aunque con tasas ligeramente por debajo de los promedios nacionales. El crecimiento económico fue propiciado por el aumento de la producción agraria y, en especial, por la expansión y diversificación de las actividades industriales impulsadas por la política reformista borbónica. El crecimiento de la producción agraria derivó de la roturación de nuevas tierras y del aumento de la fuerza de trabajo. Pese al ideario ilustrado no hubo cambios en la distribución de la propiedad de la tierra, ni en la estructura de cultivos, ni en las técnicas y medios utilizados. Seguía siendo una agricultura arcaica de subsistencia que lentamente ganaba terreno a la ganadería. A finales del siglo XVIII, a diferencia de centurias anteriores, el sector agrario pasa a estar dominado por la agricultura. La ganadería ovina, tras la progresiva pérdida de los privilegios del Honrado Concejo de la Mesta y el descenso de los precios internacionales de la lana merina, reduce su importancia y queda subordinada a la agricultura, situación que se prolonga hasta la actualidad. La expansión industrial fue resultado de la política reformista aplicada por los ilustrados a las actividades manufactureras. La minería quedó fuera de toda ayuda pese a ser uno de los activos más importantes de la Corona. El apoyo a los establecimientos centralizados de índole pública (Reales Fábricas), privada o mixta, en particular a los del textil lanero y sedero, los convirtió en los principales dinamizadores de la economía regional. Las actividades manufactureras llegan a emplear de forma directa e indirecta a más de 100.000 personas, cifra que no se vuelve a alcanzar hasta el último cuarto del siglo XX. Sin embargo, los objetivos finales perseguidos por la política reindustrializadora de los Borbones no se lograron. Los establecimientos centralizados, salvo excepciones como las fábricas de encajes y blondas de Almagro, no introducen innovaciones téc-

nicas ni de producto y no logran el “efecto demostración” pretendido ante la falta de permeabilidad e interés del segmento privado. El conservadurismo de los estamentos dominantes fue una barrera infranqueable. Conforme se agudizan los agobios de la Real Hacienda, la mayor parte de los establecimientos centralizados desaparecen del mapa económico regional. Únicamente los de carácter estratégico —pólvora, armamento,...— y algunos que permanecen o son recuperados por el sector privado (Fábricas de San Juan de Alcaraz y las ya señaladas de encajes y blondas) prolongarán su existencia hasta el siglo XX. La estructura social castellano-manchega no era la adecuada para impulsar un proceso de industrialización medianamente moderno.

La desaceleración del crecimiento económico en el último cuarto del siglo XVIII se traduce en declive a principios del XIX. La historia económica contemporánea de Castilla-La Mancha se abre, pues, con una etapa de virtual estancamiento que cubre prácticamente los dos primeros tercios del siglo. En ella hay dos fases divergentes. De 1800 a 1840 hubo contracción económica derivada de los distintos conflictos bélicos (Guerra de la Independencia, sublevaciones en las colonias sudamericanas y guerras carlistas) y sus secuelas. Entre 1840 y 1860 se asiste a una leve recuperación económica. Las producciones agraria y minera logran superar los niveles previos a la Guerra de la Independencia. No sucede igual con la producción manufacturera. El hundimiento del textil es tal que la importancia relativa de las actividades fabriles en la economía regional tarda varias décadas más en recuperarse.

A partir de 1860 se acelera moderadamente el crecimiento, siendo en el primer tercio del siglo XX cuando se logran las mayores tasas (1913-1918 y 1923-1929). Los efectos combinados de la Gran Depresión, la Guerra Civil y la autarquía rompen el proceso de modernización que, aunque más lento que a escala nacional, tenía continuidad desde mediados del siglo anterior. Desde una perspectiva panorámica puede afirmarse que en la segunda mitad del siglo XIX el crecimiento fue reducido, si bien el retraso respecto al conjunto del país fue pequeño. Es en el primer tercio del siglo XX, en concreto en la década de 1920, cuando la Región pierde el tren de la industrialización española al no



Luis Escobar: Autobús "El Bartolo", en Casasimarro, 1927.

ser capaz de seguir el ritmo de modernización tecnológica y, sobre todo, de desarrollar una diversificación sectorial liderada por las industrias básicas. El sector agrario, pese a no lograr la reforma en la distribución de la propiedad de la tierra ni su modernización técnico-productiva (la expansión del viñedo a costa del cereal y del olivo es el principal cambio), no se rezaga en exceso del español al mantener éste también sus rasgos tradicionales.

Tras casi dos décadas perdidas por los efectos de la guerra civil y la dura postguerra, en la década de 1950 se recuperan los niveles productivos prebélicos y se entra en un ciclo expansivo que se acelera a partir de 1960 con la introducción de ciertas medidas liberalizadoras y la relativa apertura externa de la economía española. En la etapa desarrollista (1960-1975), pese a las altas tasas de crecimiento logradas, aumenta el retraso respecto a la economía nacional. A diferencia de etapas anteriores, la evolución de la agricultura regional se convierte en el factor determinante del menor crecimiento y desarrollo de esta etapa. La mayor lentitud del paso de la agricultura tradicional a la agricultura moderna en la Región es clave para explicar el desfase acumulado en estos años. Por otro lado, buena parte del ahorro y de los recursos humanos endógenos se canalizan hacia las regiones españolas donde el proceso de industrialización es más veloz e intenso, contribuyendo significativamente al desarrollo de las mismas.

Acortando distancias

A partir de 1975, con altibajos, Castilla-La Mancha comienza a recortar distancia respecto al desarrollo económico español y europeo. Entra en una senda de convergencia en la que permanece, salvo años puntuales, hasta finales del siglo xx. Durante el período de la crisis derivada del alza de los precios del crudo y de las materias primas (1975-1985) experimenta un crecimiento discreto pero positivo. Sus tasas superan la media nacional gracias a la aceleración del proceso de modernización de su agricultura y al menor impacto de la crisis sobre su industria. Tras estos hechos se encuentra, entre otros factores, el gran esfuerzo inversor del empresariado regional —sobrepasa en término medio

al realizado en la etapa desarrollista— que supera la media nacional. Esta tendencia se acentúa en la recuperación (1986-1991). Castilla-La Mancha frena su sangría demográfica, prosigue su modernización agraria y reestructura y diversifica sus actividades industriales. Sus tasas de crecimiento son semejantes a las de la etapa desarrollista y sensiblemente superiores a las medias nacionales del período, lo que le permite estrechar la brecha de desarrollo respecto a la economía española y de los países europeos. El esfuerzo inversor se acentúa hasta el punto de convertirse en una región demandante neta de capitales. Con todo, conforme se produce la integración real de España en la Unión Europea y aumentan los niveles de competencia, se frena el proceso de convergencia con sus entornos nacional y europeo sin que el aumento sustancial de los fondos estructurales procedentes de la Unión Europea por ser Región Objetivo-1 lo impida. La mayor recesión registrada por Castilla-La Mancha en 1993-1995, así como la menor celeridad de la recuperación económica a partir de 1996, revelan la persistencia de obstáculos y lastres estructurales que condicionan la convergencia. Sin removerlos difícilmente podrá mantenerse la Región en la senda de la convergencia, máxime en un horizonte a largo plazo en el que probablemente disminuirán los recursos financieros comunitarios.

En suma, la historia económica moderna y contemporánea de Castilla-La Mancha sigue el patrón de industrialización, modernización y desarrollo de las regiones interiores españolas y, probablemente, el de las regiones más pobres de otros países mediterráneos europeos como Portugal, Italia y Grecia. Su evolución económica en la Edad Moderna forjó las bases sociales y productivas que determinarán el atraso acumulado en la Edad Contemporánea, sobre todo a lo largo del siglo xx. Habrá que esperar a la segunda mitad de este siglo, en especial a su último cuarto, para que dichas bases cambien y con ello se entre en una senda de convergencia en la que, a tenor de la dinámica económica de los años noventa, parece difícil mantenerse sin remover y superar los lastres estructurales que persisten y los nuevos obstáculos que surgen del proceso de internacionalización y globalización de la economía. ■